

El DRAGÓN DE FUEGO



EPISODIO 2º



LA LEGIÓN AMARILLA

En 1944, cuando hacía más o menos una década de la total desaparición de la novela por entregas —que no hay que confundir con el folletín—, resucita, si bien brevemente, tan solo en dos obras: Primero en «El Dragón de Fuego» y a los pocos meses con «La secta de la muerte».

Ambas fueron escritas por el polifaético Fidel Prado Duque (1891-1970)

. Estas novelas por entregas fueron de aventuras exóticas, la primera transcurre en la China milenaria, la segunda en la India misteriosa.

Cargadas de tópicos no se aconseja su lectura a progres acérrimos, sino a personas más cultas capaces de situarse en la época y circunstancias en que fueron escritas, esta serie de entregas en particular, puede circunscribirse plenamente dentro del género del «Peligro amarillo», cuya primera referencia puede encontrarse en el excéntrico autor Matthew Phipps Shiel, que en «La emperatriz de la Tierra», publicada de forma seriada presentaba al Dr. Yen How, claro precursor de Fu Manchu, Wu Fang y otros malvados orientales.



Fidel Prado

La legión amarilla

El dragón de fuego - 2

ePub r1.0

Titivillus 11.03.2020

Fidel Prado, 1944

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





LA

Legión

AMARILLA *

Capítulo primero

UNA FUGA ACCIDENTADA

Mientras el profesor corría a la Embajada en busca de un auxilio que dado el número de enemigos con quien contendía el bravo Regis, iba a resultar hipotético, el arrojado auxiliar de Karus, sin arredrarse por el asalto de que era objeto, continuaba animoso con el cuerpo pegado a la pared para protegerse la espalda de un ataque traicionero, mientras su enorme y mortífero vergajo caía inflexible sobre las peladas y coletudas cabezas de sus enemigos, amontonando éstos en el suelo o haciéndoles huir entre berridos de dolor.

Pero la lucha resultaba harto desigual. Su peto-coraza le había preservado contra varios cuchillos lanzados diestramente, pero ya algunos habían rozado su rostro y sangraba por una oreja.

Los chinos, rabiosos, rugían lanzándole mil increpaciones en su lengua silbante y gutural y Regis, burlón, les contestaba en perfecto inglés, colmándoles de las más horribles maldiciones que atesoraba su vocabulario.

Un chinazo gigante que logró acercarse a él peligrosamente, con un enorme mandoble de corte afiladísimo, recibió en plena cabeza tal zurriagazo, que dejó caer el sable aullando como un demonio.

Regis, muy divertido, exclamó:

—¡Anda, monín, vuelve a por otro, que tengo un regular «stock» preparado para los cien mil millones de malditos hijos de Confucio!

El arriesgado criado confiaba en poder mantenerse hasta que su jefe pudiese acudir con socorros, pero no contaba con que los chinos no eran gente que se dejaba vencer fácilmente y sin enconada lucha.

Uno de ellos desapareció misteriosamente del lugar de la pelea y se introdujo por una pequeña puerta que abrió con sigilo a poca distancia de donde Regis peleaba.

Luego, en silencio, se entreabrió una ventana que caía precisamente sobre el sitio donde el bravo inglés se había resguardado y una mano, poderosamente armada de un enorme garrote, cayó con furia hacia abajo.

Regis, creyendo que se había hundido sobre su cráneo el palacio imperial, lanzó un rugido de desesperación y soltando el vergajo abrió los brazos y se desplomó al suelo como herido por un rayo.

Los vapuleados chinos, rabiosos por el severo castigo sufrido, se arrojaron sobre él como lobos hambrientos, tratando de rematarle, pero un chino alto, enjuto, de rostro chupado y cadavérico que asistía a la pelea sin tomar parte en ella, rugió:

—¡Quietos!... ¡Le necesito vivo!

La horda amarilla se detuvo con rabia ante la orden y el cuerpo de Regis fue llevado del suelo como una pavesa, mostrando a la velada luz de los aceitados faroles su cabeza cubierta de sangre.

—¡Pronto! —chilló el chino escuálido—. Llévadle a la casita de orillas del pantano y vosotros retirad a los heridos y hacedles desaparecer. No tardarán en acudir con ayuda y es preciso desorientarles.

—Tú ordenas Men-Li—afirmó uno de los chinos. —Dentro de un minuto, esto parecerá un desierto de arena.

En efecto; como sombras aladas, empezaron a desfilar cargando con los heridos y como ratas huyendo de un incendio desaparecieron sin dejar el más leve rastro.

El chino llamado Men-Li desapareció por la puerta de una casa lateral y escondido tras una ventana sumida en la sombra, asistió a la llegada de los refuerzos enviados por la Embajada, riendo silenciosamente cuando comprobó que los diablos extranjeros, desorientados, se alejaban sin lograr descubrir nada de lo que les interesaba. Entonces, abandonó su escondite y a buen paso volvió al palacio de los arrabales a dar cuenta al Gran Jefe del resultado de su misión.

Wang Cheng, que había dado orden de hacerle pasar si acudía con buenas noticias, le recibió en el acto.

—¿Qué nuevas traes, gusano inmundo? —preguntó.

—Algunas buenas, aunque no lo sean todas. Hemos capturado a uno de los diablos extranjeros.

—¿Y el otro? —bramó Wang-Cheng contrariado.

—Huyó en los primeros momentos del ataque, protegido por ese diablo grande y poderoso que le ampara. Hemos tenido que luchar como dragones para vencerle y reducirle.

—¡Perro inmundo!... ¿Habéis dejado escapar al principal?

—No dio tiempo a más, Gran Jefe; como estaban cerca de la Embajada, se refugió en ella.

Wang-Cheng, después de un momento de duda, exclamó:

—Bien. ¿Dónde está el prisionero?

—Ha sido trasladado por varios hermanos de «El dragón de fuego» a la casita del pantano como ordenaste.

—Pues vuelve allí y aplícale tormento hasta que descubra todo lo que sabe. Regístradle por si le encontráis algún documento útil, y luego vuelves a traerme el resultado de tu gestión y meditaré sobre lo que hago con él.

—Y el miserable extranjero ¿qué debemos hacer, Gran Jefe? ¿Perseguirle o bien esperar tus órdenes en lo que a él se refiere?

—¡Esperad mis órdenes! —masculló iracundo el jefe—. ¡Y ahora, marcha ya de mi presencia, y cumple mis instrucciones, asquerosa alimaña!

El chino, haciendo profundas reverencias, abandonó la mansión de Wang-Cheng, diciéndose para su colete, que había salido mejor librado que esperaba, pues la huida del profesor era algo como para descargar sobre su cabeza las iras del Jefe de la poderosa secta.

A todo correr se dirigió a la casita donde había orden de encerrar al prisionero. Estaba dispuesto a cortarle vivo en pedacitos hasta que declarase donde estaba escondido el manuscrito del Lama y rescatarlo para tranquilidad del terrible mogol y beneficio de la secta.

* * *

Entre tanto, los que habían trasladado al maltrecho cuerpo de Regis a su prisión, esperaban impacientes. Temían más que al Demonio a aquel europeo de estatura atlética y puños de hierro, que precisaba de toda una legión amarilla para reducirle a la impotencia. Le habían dejado bien encerrado en un subterráneo inmundo, guardado con una pesada puerta de hierro y no tenía más

comunicación con el exterior que un ventanuco estrecho protegido por fuertes barrotes y por la ciénaga que rodeaba la casa por la parte trasera.

Regis volvió en sí del soberano porrazo mucho antes de lo que sus carceleros suponían. La naturaleza de acero del valiente criado era algo que operaba milagros y Regis tardó muy poco en recuperarse y despertar a la vida, no sin estupor al verse rodeado de tinieblas.

Como era bastante supersticioso, se incorporó en el duro y húmedo suelo y llevándose las manos a la cabeza, donde poseía un chichón de tamaño descomunal, se rascó con cuidado la parte dolorida y luego, como no acertara a distinguir ni los dedos de su mano, murmuró ansiosamente:

—¡Por vida de Buda! ¿Qué diablos me sucede a mí? Tengo la cabeza como si se estuviesen peleando dentro de ella diez millones de condenados hijos de Confucio y hasta juraría que, como no caben, pretenden salir por este chichón que parece otra doble cabeza... Bueno, pero ¿por qué tengo yo este chichón?... ¡Ah! ¡Ahora me acuerdo!... Me peleé con esos sapos en una calle, aticé unos cuantos zurriagazos a varios y luego... Luego no sé, pero me debieron dar a mí uno como para partir en dos la Torre de Londres... Bien, hasta aquí recuerdo, pero... ¿y después?

Como siguiera sin ver nada en derredor, se preguntó angustiosamente alarmado:

—¿Me habré quedado ciego del porrazo? ¡Dios mío, esto sería trágico! Prefiero morir hecho filetes de tiburón a quedarme sin vista. ¡No, no debo haberme quedado ciego; debo haberme muerto y ahora estoy en la antesala del Infierno para dar cuenta a Pedro Botero de las de las ratas amarillas que he mandado a su caldera! Sí, eso debe ser...

Se incorporó con trabajo y puesto en pie, se dedicó a recorrer el estrecho lugar, pero apenas dio unos pasos, tropezó con el muro, dándose un buen porrazo en la nariz.

—¡Rebuda! —exclamó—. No, esto no debe ser la antesala del Infierno; es muy estrecha y además no debería estar solo... Esto parece un calabozo.

La suposición le consoló un poco. Si era un calabozo, era que se encontraba vivo, y si estaba vivo, aún tenía esperanzas de

abandonar aquella maldita cueva.

Se disponía a intentar nuevas exploraciones, cuando cerca de él oyó pasos que se acercaban furtivamente. Se dejó caer de nuevo a tierra, con la cabeza oculta entre las manos de forma pudiese ver a través de ellas y espero. Momentos después se entreabría la puerta y una mano asomó con un aceitado farolillo que difundió por el horrible calabozo una claridad cadavérica.

Regis, acostumbrado a la obscuridad, tuvo luz suficiente para descubrir a través de la rendija de la puerta, tres grandes chinazos de feroces rostros, que armados de sables curvos y afilados, permanecían en guardia, como temiendo que de un salto se lanzase sobre ellos.

Regis sonrió para sí, al observar el miedo que había sembrado en aquellas carátulas y continuó inmóvil, esperando acontecimientos.

El del farolillo se aventuró a penetrar algo más, hasta que el resplandor de la luz le descubrió el cuerpo del prisionero tumbado sobre el fango de la prisión.

Más tranquilo por el descubrimiento, afirmó:

—Creo que tiene para rato antes de que vuelva en sí. El garrotazo que le atizó Ming desde la ventana, ha debido dejarle con el cráneo hecho una tortilla.

El criado tomó nota mental de aquel nombre. Si alguna vez el destino le enfrentaba con Ming, le iba a obligar a trabar un roble con ramas y todo en pago al servicio que le había hecho aquella noche.

—Yo creo que será mejor dejarle hasta que regrese

Men-Li

—afirmó otro— debe venir con instrucciones del Gran Jefe.

—Yo ya estoy deseando que vuelva —afirmó un tercero—. Si me hubiese dejado rematarle estaría más tranquilo.

—Fue orden del Gran Jefe —aclaró otro—. Le necesita vivo.

—¿Y si se nos escapara?

—No sé cómo. La puerta es de hierro; la ventana, muy estrecha y con sólidos barrotes, y detrás está la ciénaga. Tenía que ser un verdadero diablo para escapar.

—Pues a pesar de todo no estoy tranquilo —aseguró el primero—. Sólo cuando se lo lleven o lo arrojen a los cocodrilos, respirará con seguridad.

—Bien, vamos arriba. Aquí no hacemos nada y, como veis, por ahora no hay peligro de que se evapore.

El farol se retiró y la puerta volvió a cerrarse con gran chirriar de cerrojos.

Cuando Regis se vió solo de nuevo, se incorporó sonriendo. Ahora sabía algo de lo que necesitaba y estaba dispuesto a no rendirse sin intentar los más heroicos esfuerzos para librarse de los tormentos que se le avecinaban.

Habían hablado de una ciénaga que rodeaba la casita por la espalda y de un ventanuco que había alcanzado a divisar con disimulo y estaba dispuesto a forzar aquella única y posible salvación para escapar del tormento que no tardando mucho tratarían de aplicarle para que hablase.

Con viril resolución, tanteó las húmedas paredes del calabozo buscando el ventanuco, hasta que después de mucho palpar, consiguió rozar el borde, pues se encontraba abierto a una altura bastante elevada.

Con trabajo, pudo izarse sobre el marco y tantear los hierros. Éstos eran tres muy sólidos y por las dimensiones, dudó mucho si su ciclópeo cuerpo podría escurrirse por el vano, aun eliminados los barrotes.

Pero éstos eran tan recios y estaban tan bien empotrados, que sus esfuerzos para arrancarlos fueron estériles.

Sudando como un condenado, se dejó escurrir al suelo meditando sobre su desesperada situación.

Pero al llevarse la mano al pecho, ahogó una exclamación de alegría. Acababa de recordar que el peto de malla encerraba un pequeño bolsillo, donde se escondía una fina lima, una navaja y algunos otros útiles muy valiosos.

Si tenemos en cuenta con la gran precipitación que Regis fue llevado a su encierro, y el gran rato que estuvo luchando antes de caer prisionero, no tiene nada de extraño que descuidasen de registrar a nuestro amigo y éste tuviera la agradable sorpresa de no hallar en falta ninguno de aquellos utensilios que tan notable favor podían prestarle. Sin más demora, puso manos a la obra de intentar su liberación.

Extrajo la lima y saltando de nuevo a la ventana se aferró como mejor pudo a uno de los barrotes y a costa de enormes esfuerzos,

consiguió acometer la tarea de empezar a limarlos por su base.

La lima, poderosa aunque pequeña, se comió el hierro con facilidad y cuando tuvo medio barrote mordido, probó a arrancarlo con sus manos poderosas.

El éxito coronó el intento y animado por él, continuó con ardor la tarea, temiendo ver reaparecer a los temibles chinazos de un momento a otro.

Cuando hubo limado el segundo barrote, pudo sacar un apierna por el hueco y lleno de impaciencia, dio fin a su ardua tarea arrancando el tercero con notable rapidez.

Libre el paso, probó a sacar el cuerpo. El ventanuco, bastante estrecho, le impedía asomar parte del busto al exterior, pero decidido a dejarse hasta la carne, forzó la presión y consiguió sacar de medio cuerpo para arriba.

Ansiosamente echó un vistazo hacia abajo. ¿Qué le aguardaba allí a que altura estaría la ciénaga y cómo serían sus asquerosas aguas?

El cielo, bastante nublado, penas si permitía distinguir nada en derredor. Sin embargo, un reflejo metálico negro, le descubrió que el pantano le aguardaba a unos tres metros o algo más sobre el nivel de la ventana.

Regis sintió un momento de desfallecimiento antes de lanzarse al vacío, pero su vacilación fue breve. No tenía otra salida más que aquella y debía jugárselo todo a una carta desesperada.

Hizo un último esfuerzo y se dejó caer de cabeza. La impresión de la caída fue brutal, pues su cabeza, al hundirse en la pestilente charca, se cubrió de lodo, mientras sentía en su boca todo el asco de aquel espeso líquido acre y maloliente.

De un talonazo subió a la superficie y trató de nadar para abandonar cuanto antes aquel infierno mareante, pero el agua espesa, pegajosa, dificultaba sus movimientos y tenía que realizar esfuerzos supremos para mantenerse a flote, en tanto que sentía unos dolores de cabeza enormes.

Durante media hora, se esforzó en hallar el camino de la orilla, pero con la obscuridad se desorientó varias veces, ganando terreno en sentido contrario, para verse obligado a iniciar nuevos virajes y nuevos tanteos.

Por fin, cuando ya extenuado estaba a punto de dejarse vencer

por el cieno, consiguió tocar tierra firme con los pies, y con esta ayuda alcanzó por fin la orilla.

Ya en ella, se dejó caer desfallecido para cobrar aliento. Tenía que escapar de allí y orientarse, pues no tenía ni idea de donde estaba situada aquella maldita casucha.

Por fin, echó a andar bordeando la ciénaga y esto le llevó hasta muro de una pequeña casa, que se levantaba dando la espalda a la asquerosa charca.

Aquello no tenía pérdida. Era la casa donde había sido encerrado y contra toda lógica, sintió unas enormes ganas de volver a ella para averiguar quiénes estaban dentro y vengar los sofocos que le hicieron pasar no hacía mucho.

Y como Regis era hombre que no vacilaba en poner en práctica sus ideas, se dirigió en línea recta hacia la casa.

Saltando el pequeño jardín que aislaba el edificio, rebuscó por este hasta hallar en un rincón una pesada barra de hierro y armándose de ella, se dirigió a la puerta, dio varios y misteriosos golpes, como si se tratase de una contraseña y esperó anhelante.

A su fino oído llegó el rumor de unos pasos suaves y la puerta se entreabrió unos centímetros, asomando por el resquicio un rostro amarillo, pero Regis, sin darle tiempo a reaccionar, introdujo violentamente la barra y un alarido de dolor fue la contestación al soberbio puyazo que el valiente criado administrase al chino.

Empujando la puerta con ímpetu, se lanzó por un pasillo mal alumbrado por un farolillo colgado del techo y enfilando una pina escalera, subió por ella como una tromba.

Tres feroces chinos trataron de cortarle el paso, pero Regis, con su pesada barra repartiendo mandobles a diestro y siniestro, hundía cráneos, gritando:

—¿Con que pretendíais dar de comer con mi lindo cuerpo a esos sapos de la charca, eh? ¡Tomad, sapos, renacuajos amarillos!

Pero en lo alto de la escalera surgieron otros tres chinos armados de cuchillo, recibiendo al impetuoso inglés con ellos, arrojándose los sañudamente.

La cota de malla le salvó, aunque uno se le clavó en el brazo obligándole a lanzar un rugido de dolor.

Se arrancó el arma y a su vez la arrojó contra el más cercano, clavándosela en el pecho, pero como los cuchillos siguieran

lloviendo en derredor de él, optó por batirse en retirada satisfecho su amor propio de venganza.

Rápidamente ganó la escalera seguido de la legión de sectarios que no estaban dispuestos a dejarle escapar.

De un salto fantástico salvó la cerca y como un meteoro se perdió por un descampado en busca de la ciudad.

Capítulo segundo

«EL DRAGÓN DE FUEGO» ACTÚA

A pesar de la agilidad del bravo Regis y de su anhelo por despegarse de aquellos diablos amarillos, no le fue posible conseguirlo y por mucho que corrió, los chinos, como si tuviesen alas en los pies, le perseguían ferozmente, emitiendo aullidos feroces y haciendo vibrar unos pitos extraños que debían dar señales convenidas para solicitar auxilio.

Los cuchillos, arrojados con saña, volaban siniestramente en torno suyo hasta que uno acertó a clavársele en el hombro, donde quedó cimbrándose en el hueso.

Regis acusó el dolor, pero no se detuvo a arrancarse el arma. Tantos pasos como perdiera, mayor era el peligro que corría y lo que necesitaba era adentrarse en zona protegida para evitar caer como una alimaña.

Pronto alcanzó el primer conglomerado de edificios y sin saber dónde se encontraba, se internó por las tortuosas callejas, buscando la protección de las paredes y sobre todo, los salientes de los edificios, mientras variaba constantemente de rumbo torciendo por verdaderos laberintos que ignoraba hacia que sitios le conducirían.

Al vibrar de los pitos, las sucias y oscuras callejas se estremecían conmovidas y de todas partes surgían chinos feroces, tratando de cortarles el paso. Pero Regis saltaba sobre los más próximos, arrojándoles en tierra antes de que tuvieran tiempo de prepararse para el ataque o les burlaba cambiando de dirección.

Por fin, anhelante, cansado, sangrando por el hombro y próximo a perder el conocimiento, desembocó en una glorieta que reconoció al punto, lanzando un grito de alegría. Al otro extremo se alzaba el airoso y llamativo edificio de la Embajada y si conseguía llegar a ella antes de que algún maldito cuchillo cortase su carrera, estaba seguro de obtener protección del embajador y de Karus si se

encontraba allí.

En derredor suyo había infinidad de chinos que brotaban de todos los lados, cual parásitos en verano. Con sus poderosas manos, el atlético Regis cogió al que más cerca tenía y volteándolo sobre su cabeza, cual si fuera un pelele, lo arrojó con toda su inconmensurable fuerza sobre el grupo de amarillentos personajes, mientras gritaba:

—¡Tomad, monos amarillos, comed este hermoso coletudo!

El chino, cual si fuera impulsado por ingente catapulta, salió despedido de los brazos de Regis yendo a parar sobre los chinos, que retrocedieron aterrorizados.

Regis aprovechó aquellos instantes para, redoblando sus energías, atravesar la plaza atropellando chinos como si fueran ratas, y poco antes de llegar al palacio, gritó con todas las fuerzas que pudo reunir:

—¡A mí de la Embajada! ¡Soy Regis!... ¡Barred esta legión de sarnosas ratas amarillas!

Sus gritos, unidos a los que lanzaban sus perseguidores, provocaron la inquietud en la embajada. *Sir* Hamilton, que se esforzaba en consolar a Karus por la desaparición de su fiel criado, fue el primero en percibir la algarada y asomándose al balcón, captó la llamada de auxilio de Regis.

Nervioso, sacó del cajón de su mesa un revólver y gritó:

—¡Pronto, a mí todo el personal! Vienen persiguiendo a Regis... ¡Barredlos a tiros!

La puerta se abrió con violencia y media docena de revólveres tronaron alcanzando a algunos de los chinos. El estampido de las armas detuvo a los más osados, mientras Regis, sin cesar en su carrera, se adelantó hasta caer desfallecido en la misma puerta de la Embajada, al tiempo que los trémulos brazos del profesor le recogían en el aire.

Los chinos, aullando, se retiraron de allí. Sabían que nada podían hacer en aquel maldito edificio y presumían que no tardando mucho, soldados de la guardia imperial acudirían a proteger la embajada barriéndoles a tiros.

El profesor, asombrado al descubrir a Regis, negro de lodo, con las vestiduras rasgadas y llenas de sangre y con aquel enorme cuchillo clavado en el hombro, creyó que estaba muerto y un gesto

de inmenso dolor inundó su rostro.

Ayudado por un empleado le trasladó a un lecho donde le fue extraído el cuchillo, que por fortuna se había clavado superficialmente y después de proceder a una minuciosa cura preventiva mientras llegaba el médico, le desnudaron dejándole descansar. Mediada la noche, volvió en sí. Hombre de una vitalidad extraordinaria, apenas si se resentía ya de las fatigas sufridas y, con entereza, dio cuenta a su jefe de toda su odisea y del peligroso encierro que había sufrido.

Karus, intrigado, preguntó:

—¿Crees que podrías localizar la casa donde fuiste encerrado?

—No sé... Desde luego, está fuera del radio de la población y sólo sé que detrás tiene una ciénaga.

—Creo que conozco el lugar. Está en la parte sur. Hay por allí algunas ciénagas pestilentes y seguramente debe ser por ese lado donde está enclavada.

—La reconoceré en cuanto la vea —afirmó Regis—. La casa no se me despista. Cuando salga el sol haremos una visita a esos lugares.

Karus se opuso a la idea de su criado. Éste no estaba en condiciones de abandonar el lecho, pero él con entereza, aseguró:

—Esto no es nada. ¡No me molesta apenas! Con un buen vendaje puedo salir. Lo que interesa es descubrir la madriguera de esas ratas sarnosas y darles la batalla decisiva; si no lo hacemos así jamás podremos emprender la busca del tesoro de los Lamas y hay que hacerlo.

Karus estuvo conforme con él y decidió acompañarle sí, en efecto, al siguiente día se encontraba con ánimos y energías para abandonar el lecho.

Entre tanto, el embajador, muy indignado, se puso al habla con las autoridades para darles cuenta de la persecución de que estaban siendo objeto dos súbditos suyos y exigió que se localizase de dónde procedía aquella confabulación para que se procediese al castigo de los culpables.

Sabía que nada iba a conseguir, pero si producía miedo en las autoridades, éstas velarían para que los sectarios se mantuviesen en un terreno más cohibido y los peligros para los bravos aventureros fuesen menos violentos.

Mediado el siguiente día, Regis se mostró dispuesto a salir. La herida, bien vendada, no le impedía mover el brazo y se sentía con fuerzas suficientes para marchar en auto a recorrer los alrededores y localizar la casa.

En el vehículo del embajador y llevando una escolta decidida, salieron con dirección al barrio Sur, donde una hora más tarde, Regis, señalando una casita rodeada de un pequeño jardín, gritó nervioso:

—¡Aquella es la casa, la reconocería entre un millón!

En efecto, a la espalda se dilataba una regular ciénaga, cuyas emanaciones pestilentes producían mareos.

Descendieron del coche y con los revólveres preparados, se dirigieron al edificio llamando sin que nadie acudiese a recibirles, pero Regis, impaciente, saltó la cerca llegando hasta la puerta que franqueara la noche anterior.

Aunque registraron hasta el último rincón, no lograron hallar rastros de los misteriosos opresores y solamente algunas manchas de sangre encontradas en la escalera, denunciaban la lucha sostenida por Regis contra los chinos.

Descorazonados, regresaron a la Embajada, sin poder descubrir nada de lo que les interesaba descubrir en aquel antro diabólico.

Aunque el embajador hizo gestiones para localizar quiénes eran los dueños de la finca, sólo pudo averiguar que ésta se encontraba en venta por insalubre hacía mucho tiempo y que sus dueños no habitaban en Pekín.

Durante varios días, Regis permaneció bajo un severo régimen de descanso. Necesitaba reponerse completamente antes de reemprender la aventura pues tanto él como Karus, estaban decididos a llevar a término su empresa de descubrir el tesoro de los Lamas.

Durante este período de tiempo se dedicaron, en unión de *sir* Hamilton, a idear un plan que les permitiese despistar a sus perseguidores y tras desechar uno y otro, llegaron a plasmar uno que les pareció el más viable.

Harían venir un aeroplano al aeródromo de la capital tripulado por gente de absoluta confianza, y en él despegarían con rumbo desconocido, pero como seguramente la secta de «El dragón de fuego» no desaprovecharía el tiempo y procuraría localizar el sitio

de aterrizaje. Lo que harían sería volver al punto de partida un par de horas después de despegar.

Inmediatamente se dirigirían a un «bungalow» propiedad de un inglés íntimo amigo del embajador, donde encontrarían todo preparado para su partida; así, cuando sus enemigos quisieran darse cuenta de su regreso y ponerse en campaña, los dos intrépidos aventureros habrían tenido tiempo de esfumarse haciendo difícil su localización.

Sir Hamilton se puso al habla con una de las empresas aéreas controladas por los ingleses en Shanghai y dejó concertado todo para que el avión aterrizase en Pekín un día a una hora fijada, en la que inmediatamente subirían a bordo Karus y Regis, antes de que los miembros de la terrible secta pudiesen ponerse en movimiento.

Se hicieron todos los preparativos secretamente. El embajador conferenció con su amigo, dueño del «bungalow», para que éste quedase en disposición de acogerles a su regreso, y su propietario se brindó a tener preparados disfraces y cuanto les era necesario para su fuga.

Ya todo en orden, una mañana, apenas rayó el sol, dos autos salieron disparados de la Embajada. En uno, iban Karus, su criado y *sir* Hamilton, y en otro, el personal de la Embajada dándoles escolta.

Cuando llegaron al aeródromo, divisaron en el aire la grácil silueta de un aeroplano que evolucionaba en círculo cerrado, buscando sitio para aterrizar.

—Llegamos en punto —advirtió Karus—. ¡Menuda sorpresa se van a llevar cuando se den cuenta de nuestra fuga!

El embajador se dio a conocer a los guardianes del aeródromo, mostrando el permiso de aterrizaje de su aeroplano, coincidieron con la toma de tierra del aparato.

Karus y Regis se dirigieron al avión y éste, sin apenas parar el motor, les acogió en su seno remontando el vuelo nuevamente.

Fue tan rápida la maniobra, que cuando el personal del campo quiso darse cuenta de ella, ya el aparato se había perdido en el espacio.

Sir Hamilton miró con disimulo en derredor, observando que un chino de los que ayudan a la faena de sacar los aviones de los cobertizos, se escurría hasta la cabina del teléfono encerrándose en

ella.

El embajador sonrió divertido, murmurando:

—¡Sí; avisa a tus secuaces de la fuga del profesor, que menuda sorpresa se van a llevar cuando lo sepan!

Y montando en su auto, desapareció del aeródromo, dirigiéndose de nuevo a la Embajada.

Pero otro auto se dedicó a pasear por los alrededores del campo de aviación en espera de que dos horas después regresase el avión, para recoger a los viajeros y trasladarles al lugar preparado para su verdadera fuga.

* * *

En efecto, el chino se apresuró a llamar al enlace número diez de su distrito.

—Escucha, Men-Li —dijo, apresuradamente—. Acaba de aterrizar un aeroplano, en el que dos viajeros a quienes acompañaba el embajador, han partido apenas tomó tierra. Sospecho que esos viajeros son los malditos extranjeros que buscamos.

Men-Li, todo azorado, tomó un palanquín, haciéndose trasladar al palacio de Whang-Cheng, el cual, en aquel momento, conferenciaba con otro chino que acababa de llegar momentos antes.

Men-Li hizo saber al criado que el asunto que le llevaba era urgentísimo y poco después era recibido por el Gran Jefe de la terrible secta.

Whang-Cheng, con los ojos fulgurantes de ira, exclamó:

—¿A qué vienes, sapo inmundo, a decirme que habéis dejado escapar a esos malditos diablos otra vez?

Men-Li tembló como la hoja en el árbol y replicó:

—Gran Jefe, acabo de saberlo. Yo no tenía orden de vigilar.

—Es cierto —afirmó Whang-Cheng—. Tú no tenías esa orden pero este asqueroso tiburón sí... ¡Sun!...

Al grito apareció en la puerta el feroz verdugo del Jefe de la secta, el cual, mirando fijamente a su amo, preguntó:

—¿Qué deseas de tu vil esclavo, Gran Jefe?

—Llévate a este inmundo gusano y azótale hasta que se le salten los ojos. Así no volverá a dejarse burlar por un miserable demonio extranjero.

El chino clamó horriblemente, pero Sun, tomándole de la coleta, le arrastró fuera de la estancia, bajándole a dónde debía aplicarse el castigo.

Wang-Cheng, dirigiéndose a Men-Li que le contemplaba con los ojos extraviados por el pánico, dijo:

—Así castiga «El dragón de fuego» a los que no saben cumplir con su deber. Ahora habla. ¿Qué sabes más?

Men-Li amplió sus informes sobre el aviso recibido y Wang-Cheng lanzando sapos amarillos por la boca en fuerza de maldiciones, se dirigió a la pared, oprimió un botón y puso al descubierto una pequeña emisora de radio que hizo funcionar inmediatamente.

Luego, tronando como un titán, gritó:

—¡Atención los diez millones de hijos de «El dragón de fuego» allí dónde se encuentren! ¡Atención!... Habla y ordena Wang-Cheng, alma, vida, sabiduría y brazo de nuestra secta. ¡Orden de obedecer bajo pena del más terrible castigo! Hace media hora ha partido de un aeródromo de Pekín un aparato inglés, conduciendo a dos viajeros, los más temibles enemigos nuestros. Hay que localizar el lugar de aterrizaje de dicho aparato y acabar con esos dos miserables que lo tripulan. El que los localice y no cumpla esta orden, que se arroje al río amarillo con una piedra al cuello si no quiere morir en medio de los más horribles suplicios.

Luego, tras de una pausa, añadió:

—«Orden de comunicar el resultado. Espero con la estación abierta. Ya conocéis la clave».

Dejó sin cerrar la emisora y volviéndose a

Men-Li

, advirtió:

—Puedes irte, que el número «uno» de tu distrito, te dé la recompensa que mereces.

—¡Gracias, Gran Jefe! —exclamó el chino besando sus vestiduras—. Mi vida te pertenece y puedes disponer de ella como gustes.

Media hora antes de aterrizar de nuevo el aparato, dos soldados se presentaron en el aeródromo y aferrando al chino que había avisado por teléfono a

Men-Li

, se lo llevaron conducido al cuartelillo más próximo.

El embajador, para eliminarle a la hora del nuevo aterrizaje, le acusó de haberle substraído el reloj, seguro de que mientras se ponía el asunto en claro, tardaría lo suficiente en verse libre para no poder estar presente a la hora de regresar los viajeros.

Así, media hora más tarde, el aeroplano regresaba desembarcando a los dos aventureros.

Éstos, rápidamente, abandonaron el campo y montando en el auto que les estaba esperando, se dirigieron satisfechos de su estratagema al «bungalow» del amigo de *sir* Hamilton para disfrazarse y salir de la ciudad antes de su llegada.



Wong Cheng, con los ojos fulgurantes de ira...

Pero habían calculado mal el poder informativo de la secta, pues apenas había arrancado el auto, otro de los empleados se apresuró a llamar a Men-Li para darle cuenta de la nueva llegada de los misteriosos extranjeros.

Esta vez el mensajero no tuvo tanta suerte. Cuando logró comunicar con el número «diez», habían transcurrido más de tres horas y este tiempo tan precioso les fue fatal, ya que

Men-Li

sólo pudo poner en movimiento las fuerzas de que disponía, cuando los perseguidores se habían evaporado de Pekín como el humo.

Pero esto no desanimó al terrible «Dragón de fuego».

Tenía orden preferente de localizarles de la forma que fuesen y a lograrlo dedicaron todas sus energías.

Por fin, alguien facilitó un dato. De un coche, habían visto descender en un «bungalow» de las afueras a dos europeos cuyas señas coincidían con las de Karus y su criado y la legión amarilla se dirigió como un monstruo de cien colas a la vivienda del inglés.

Cuando un chino llamó solicitando limosna con acento plañidero, el inglés, hombre entero y suspicaz, adivinó la estratagema y mostrando un revólver al pedigüeño, le obligó a escapar de allí más que a prisa.

Men-Li sospechó que el irascible inglés tenía encerrados a los perros extranjeros en su vivienda y ya que no le fue posible penetrar en ella por la astucia, decidió un plan para obligar a los refugiados a abandonarlo.

Aquella noche, ordenó prender fuego al «bungalow», pero cuando las llamas consumaron su obra, observaron con furor que Karus y Regis habían volado sin dejar rastro. Y lleno de desesperación, hizo repartir cientos de emisarios para localizarlos por las carreteras de Tokio.

Capítulo tercero

CERCADOS COMO RATAS

Aunque el profesor Karus y su criado se apearon del auto a la puerta del «bungalow», se dirigieron a las habitaciones privadas del inglés donde éste les tenía preparados los disfraces.

El de Karus, era propio de un gran señor, con su túnica larga de terciopelo azul celeste, sus mangas amplias y el birrete redondo, un poco ancho por su base, rematado con un adorno de coral y el de Regís, era el de un simple criado, consistente en unos pantalones de seda amarilla, una casaca azul con cenefa roja y un amplio sombrero de paja de maíz.

Dos potentes caballos del país, pequeños pero muy resistentes, estaban preparados a la espalda de la construcción y en ellos encontraron dos amplias bolsas en las que unidos a varios paquetes de comestibles, había dos revólveres, dos puñales, dos cuchillos y algunas herramientas sutiles y delicadas, propias para limar hierros, abrir cerraduras, etc.

Ambos se disfrazaron rápidamente ocultando en sus amplias mangas los agudos cuchillos y tras esconder los revólveres debajo de las vestiduras, se pintaron el rostro para adquirir el tinte amarillo de los hijos de Buda y se encontraron dispuestos para la marcha.

Tras agradecer a su improvisado auxiliar el servicio que les había prestado, Karus dijo:

—Afirmele al señor embajador, que sólo en casos muy graves y necesarios nos dirigiremos a él, pero que si tenemos ocasión, enviaremos alguna nota a lista de correos a nombre de Kien-Lung
, como hemos quedado.

Y estrechando la mano de su compatriota, montaron a caballo desapareciendo por la carretera que conducía

Tien-Tsin

, como si se tratara de dos chinos pacíficos. La jornada era bastante larga para ser realizada a lomos de dos cabalgaduras por resistentes que fuesen, pero les interesaba despistar sus perseguidores dejando que se les pasase el primer ímpetu de furia al saber que habían desaparecido de nuevo.

Algunas horas después de emprender el viaje, observaron un movimiento inusitado en la carretera. Chinos a caballo, galopando desesperadamente, algunos autos que se detenían a trechos investigando los caminos transversales, algo que les hizo comprender que existía un poderoso motivo para aquel nerviosismo y este motivo no podía ser otro que el de su fuga.

—¿Habrán averiguado ya que nuestra salida del aeródromo fue una estratagema para burlarles? —preguntó Regis.

—No me extrañaría —afirmó el profesor—. Tienen espías por todas partes y alguien ha podido avisarles de nuestro regreso. Posiblemente se nos está buscando por todos los caminos que salen de Pekín.

—Sí, y a lo mejor creen que hemos huido a toda prisa, cuando caminamos a paso de tortuga. Que se desfoguen buscándonos.

—De acuerdo, Regis; y a propósito, quiero hacerte un ruego.

—Usted dirá, señor. Pero permítame que le diga que no debe rogarme sino ordenarme.

—Bien; como quieras. Se trata de que domines tu afán de eliminar chinos y pienses que, para poder llevar a buen término nuestra misión, debemos obrar cauta y prudentemente. Esto quiere significar para ti que yendo vestido como un hijo del Celeste Imperio, obres como tal. ¿Comprendido, Regis?

—Sin lugar a dudas, señor; comprendo perfectamente, y estoy de acuerdo con su prudente advertencia.

Durante la noche, hicieron alto en una posada del camino donde durmieron sin incidente alguno. Regis tomó sus precauciones para evitar una sorpresa, pero nada sucedió. Al día siguiente reanudaron la marcha, pero siempre atentos a los que sucedía en el camino y aunque cerca de ellos vieron otros chinos también parsimoniosos, a quienes no urgía por lo visto llegar a

Tien-Tsin

nada hubo que diera motivos para alarmarles.

Por fin, tras una marcha penosa que les tenía tronchados de cabalgar a lomos de los caballos, llegaron a

Tien-Tsin

. Próximo a morir el sol alcanzaron los arrabales de la ciudad y deseando disfrutar un merecido descanso, pidieron alojamiento en la primera posada que encontraron. Ésta estaba situada en un dédalo de callejuelas de la periferia, pero al profesor no le importó esto, porque desde allí divisaba a lo lejos las ruinas del templo de

Khan-hi

, primera meta de su aventura.

El posadero, un viejo de torva mirada, rostro arrugado y bigotes que le llegaban a la cintura, les recibió con musitada cortesía, inclinando hasta el suelo su deformado busto, y Regis que había aprendido un poco el modo de tratar a los chinos cuando uno se creía superior a otro, se adelantó diciendo:

—¡Viejo sapo decrepito! ¡Besa las vestiduras de mi incommensurable amo, el gran mandarín

Kien-Lung

y pon a su disposición las mejores habitaciones que tengas en esta madriguera más inmundada que una cloaca!

El posadero besó las vestiduras y contestó con humildad:

—Mi asquerosa casa y mi inmundada persona pertenecen a tu amo y señor. Por aquella escalera encontrarás lo mejor de este horrible antro indigno de albergar tan encumbrados huéspedes.

El viejo les precedió por la escalera, y al ascender Regis echó un vistazo a la baja sala que servía de vestíbulo a la posada, pretendiendo recoger el efecto que sus palabras habían producido entre la docena de desastrosos chinos que devoraban allí un guiso exótico y repugnante. De repente, sus ojos tropezaron con otros fríos y brillantes y se quedó dudando. Algo le decía que había visto alguna vez aquellas pupilas que parecían traspasarle con su brillo incoloro, pero tras un momento de duda, continuó subiendo la escalera. Para él no existían más que dos clases de chinos: viejos y jóvenes, y todos según su edad se parecían entre sí, considerándose impotente para distinguirlos.

El posadero les hizo cruzar un lóbrego pasillo pésimamente alumbrado por un farolillo y les indicó una puerta.

—Esto es lo mejor que tengo, podéis comprobarlo.

—¡Basta! Por esta noche está bien —afirmó el profesor.

—¿Quiere el gran mandarín tomar algún alimento?

—No —se apresuró a replicar Karus— Sólo queremos descansar.

El viejo se retiró y Regis que sentía un apetito capaz de devorar las torres del palacio imperial, gimió:

—¿Cómo, señores, que no vamos a cenar después de esta horrible jornada? Tengo un apetito de tiburón a dieta.

—Sí, pero de lo que traemos nosotros. Si te sintieses con ánimo para meter el diente a los ratones asados con salsa picante que te ofrecería ese cadáver que anda, arrojarías asqueado hasta lo que jamás has comido.

Regis respiró satisfecho y tomando uno de los sacos rebuscó unas latas de conserva y unas tortas de maíz, y ambos saciaron el hambre feroz que les acuciaba.

Luego, preparando los dos camastros de paja de maíz sobre esterillas, se dispusieron a descansar.

Pero Regis, que poseía el espíritu de la desconfianza, antes de dejarse caer sobre el lecho, se procuró el modo de evitar una posible sorpresa.

La única silla de mimbre que encontró, la apoyó en posición inestable sobre la puerta, de forma que al más leve movimiento al empujar, perdiese el equilibrio y luego, tomando una gran, bandeja de metal que encontró sobre una mesita la colocó en el asiento apoyada al respaldo. Así, cuando la silla se moviese, la bandeja caería al suelo con estrépito y el infernal ruido que debía producir, les despertaría por muy dormidos que se encontrasen.

Luego examinó el estrecho ventanillo que daba aire a la estancia y quedó tranquilo sobre él. No era capaz de dar paso a un niño y nadie podía sorprenderles penetrando por tan estrecho agujero.

Aun así, para evitar cualquier sorpresa ató al marco del ventanuco un bramante y al otro cabo asió la vasija del agua que era de cobre. Si alguien empujaba la ventana, la jarra desplazada de la mesita caería al suelo, produciendo también un estrépito terrible.

Karus le veía hacer sonriendo con humorismo y cuando el criado dio por concluido el trabajo, preguntó.

—¿Y ahora qué? ¿Debemos poner campanillas a los gatos de la posada si los hay?

—A los gatos no, porque no me inquietan, pero a los que habitan

aquí, les pondría campanas de bronce por si acaso.

Se tumbó aplomado sobre el jergón y colocando el revólver y el cuchillo al alcance de su mano, se dispuso a dormir siendo imitado por el profesor.

Diez minutos más tarde roncaban como órganos.

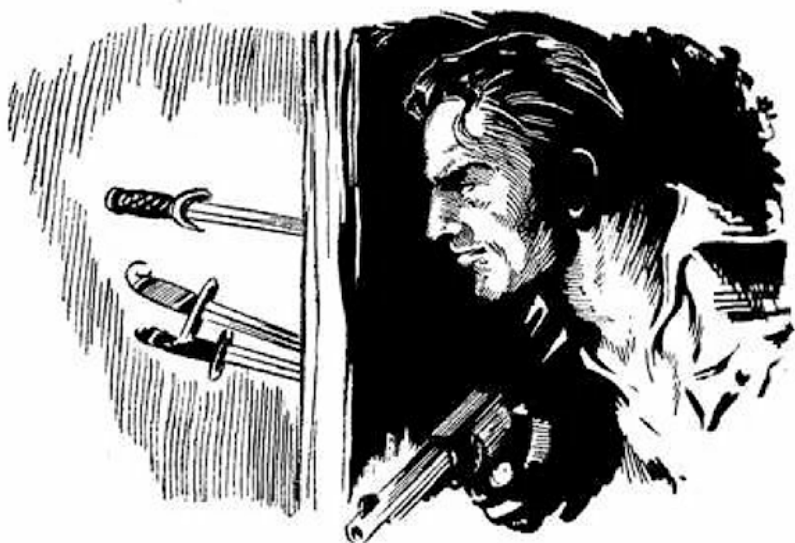
Regis no pudo precisar cuánto había dormido ni que hora sería cuando un ruido insólito que brotó junto a él le obligó a botar como una pelota, sacándole del profundo sueño para devolverle a la peligrosa realidad del momento.

La pesada bandeja había perdido el equilibrio cayendo al suelo como una bomba y el fiel criado, dando un salto fantástico, se encontró de pie con el revólver en la mano dispuesto a pelearse con su propia sombra.

La pálida luz del farolillo que pendía del techo de cañizo le descubrió la puerta un poco entreabierta, mientras la silla había caído hacia adelante, desprendiéndose del pesado y sonoro adminículo.

Regis, sin vacilar, comprendiendo que alguien había pretendido entrar o aun lo pretendía, levantó el arma y disparó a través de la rendija.

Un aullido de dolor le advirtió que había hecho blanco y rápido como una centella, sin pararse a discernir el peligro que corría, se lanzó hacia la puerta, dispuesto a salir al pasillo, al tiempo que el profesor, con el revólver en la mano, le sujetaba por la ropa en el momento que pretendía abrir más la puerta.



en el momento que media docena de cuchillos

Aquella milagrosa intervención de Karus le salvó la vida, pues al retroceder por el tirón, se apartó del vano en el momento en que media docena de cuchillos lanzados con violencia, penetraban por el hueco yendo a clavarse en la pared, cruzando precisamente por el sitio donde el cuerpo de Regis debía haber ocupado segundos antes.

Regis, con el cabello erizado por la sorpresa, lanzó un bramido de furor y a través de la débil hoja de la puerta, disparó de nuevo.

Esta vez ningún grito respondió al disparo, señal de que sus agresores habían tomado precauciones contra su revólver, pero con aquello no adelantaba nada, pues estaban bloqueados sin saber la cantidad de enemigos que habría apostado al otro lado de la puerta esperando su salida para asaltarles con sus mortíferos cuchillos.

Regis, indignado, se volvió hacia el profesor preguntando:

—¿Qué hacemos ahora, señor?

—De momento vigilar para que nadie penetre. No podemos salir al palillo sin saber quiénes nos espera en él.

—¡Oh! Han debido descubrirnos y a estas horas tendremos cien mil asquerosos hijos de Confucio acechándonos como tigres.

—Tal creo yo. No han sido tardos en descubrir nuestra pista, pero tenemos que burlarles o de lo contrario todos nuestros esfuerzos habrán resultado vanos.

—Lo mismo opino yo, señor.

Regis quiso intentar una nueva prueba y tumbado en el suelo para hurtar el cuerpo a los peligrosos cuchillos, arrancó una pata a la silla y con el borde del palo, teniendo el brazo bien extendido para escapar del campo de tiro, trató de entreabrir la puerta.

Una nueva nube de cuchillos penetró por la abertura y Regis, desesperado, empujó la puerta con el palo, cerrándola totalmente.

Se pasaron diez minutos en completo silencio, y otra vez volvió a intentar la prueba, pero ésta observó que habían cerrado desde el exterior dejándoles prisioneros.

—¡Nos han encerrado! —rugió—. ¿Qué intentarán ahora?

—No lo sé, pero sospecho que algo que no nos resulte agradable —afirmó Karus— Tenemos que buscar el modo de salir.

—No sé cómo. La puerta está bloqueada y la ventana no sirve más que para dar paso a los ratones.

El profesor, con los ojos clavados en el farolillo meditaba, y Regis al seguir con los ojos la dirección de los suyos, exclamó a media voz:

—¡Ya lo tengo!

—¿El qué?

—La forma de salir de aquí. Si no me equivoco, este maldito antro no posee más piso que éste.

—No. No tiene más. Me fijé cuando llegamos.

—Pues siendo así, como el techo es de cañizo y no opondrá mucha resistencia, vamos a abrir un agujero y a salir al tejado. Al menos, desde allí, podremos dominar a nuestros enemigos y disparar sobre ellos.

—Es un poco aventurada la idea, pero comprendo que no tenemos mejor salida. Vamos a probar.

Regis colocó la mesita en el centro subiendo a ella. El adminículo, demasiado frágil para su peso, amenazaba con quebrarse, pero el profesor le ayudó aguantando parte del peso.

Con el cuchillo, Regis empezó a horadar el techo que se desmoronaba fácilmente, hasta conseguir abrir un amplio agujero que nada solucionó porque no distinguía a través de él el negro o azulado cielo.

—No —afirmó Karus—, lo que sucede es que, como el techo está en pendiente, debe existir un hueco en ángulo entre el techo este y

el tejadillo.

Regis descendió de la mesilla diciendo:

—Bien, suba usted primero que pesa menos. Yo le ayudaré.

Tomó al profesor entre sus robustos brazos y le izó como a un muñeco. Karus se aferró al saliente del agujero y trató de ascender, pero el cañizo se quebró a su peso.

—¡Maldición! —rugió angustiado—. No sirve este punto de apoyo.

El criado sudando copiosamente, pues adivinaba que les estaban preparando alguna encerrona, rebuscó como una fiera por el interior de la mezquina pieza, sin hallar nada que le sirviese para intentar la ascensión.

Desesperado tomó los jergones, los dobló para que le prestasen un poco de altura y tomando al profesor, le levantó, apoyándole en la pared, mientras decía:

—Procure subir a mis hombros y manténgase firme hasta llegar al agujero. Así podrá sacar medio cuerpo por él.

Como dos acróbatas realizaron la maniobra y en tanto que Regis aferraba con sus brazos las piernas del profesor, firmes sobre sus hombros, éste trataba de mantenerse en equilibrio.

Por fin alcanzaron el agujero y Regis subió sobre los jergones hasta poder dejar al sabio en el hueco.

—¿Qué ve usted? —preguntó cuando aquél se encontraba en el vano que formaba el estrecho desván.

—Lo que me figuraba. El tejado está encima de mi cabeza. Creo que con el cuchillo podemos abrirnos paso.

—Bien, ahora lo difícil es que yo pueda subir. Si este maldito techo no se desmoronase, lo ganaría de un salto.

De repente, el profesor inquieto, exclamó:

—Regis... ¿no hueles?

El criado olfateó nervioso replicando iracundo:

—¡Oh, sí!... ¡Huele a quemado!

—¡Pronto, Regis, pronto! ¡Nos van a achicharrar vivos en esta maldita ratonera! Creo que como no se atreven a penetrar por temor a nuestros revólveres, han quemado la posada para obligarnos a salir de ella.

El criado, lleno de desesperación, saltó por tres veces al hueco aferrándose al cañizo, pero las tres éste se desmoronó entre sus

manos dejándole caer.

El fiel criado, comprendiendo que ambos iban a ser víctimas de las argucias de los chinos, exclamó:

—¡Procure abrirse paso por el tejado y no se preocupe de mí! Yo voy a intentar salir por la puerta a tiros.

—¡No! —afirmó el profesor enérgico—. La suerte que tú correrás la correré yo también. Saldremos por el mismo sitio.

—¡Pero si no puedo saltar...!

El profesor, después de tantear el terreno, dijo gozoso:

—¡Espera! Aquí hay una viga que atraviesa parte del techo. En ella podrás afianzarte para subir.

Con la culata del revólver empezó a hundir el techo hasta poner al descubierto la viga transversal en que se apoyaba. Regis intentó subir de un salto y esta vez observó que podía sostenerse en ella. Con una flexión suprema empezó a izar el cuerpo lentamente hasta subir a pulso, no sin que sintiese que sus venas amenazaban con estallar. El profesor le ayudó aferrándole por la ropa, y por fin consiguió dejarle jadeante dentro del desván.

Con los cuchillos atacaron el tejado y pronto abrieron una brecha para salir al exterior.

Hasta ellos llegaba ya el humo que se filtraba a través de la puerta, y ambos comprendieron que el fuego debía estar muy adelantado, teniendo en cuenta que el caserón era de madera.

Cuando alcanzaron el exterior quedaron mudos de espanto. La posada en llamas por los cuatro costados, ardía como una tea elevando en la noche plateada las lenguas de fuego que devoraban sus frágiles paredes.

—No podemos saltar —afirmó Regis, con los ojos dilatados por la rabia y el terror—. Nos van a abrasar aquí vivos como a ratas sarnosas.

Pero el profesor, que se había corrido a uno de los lados del tejadillo, exclamó con alegría:

—No, Regis. Creo que podremos salvarnos. Como la posada no es un edificio aislado, saltaremos a esta otra casucha contigua.

Arrastrándose para no ser vistos, llegaron al borde del edificio que se pegaba a otro más bajo y de un salto alcanzaron el tejadillo.

De éste pasaron al próximo, algo más alto y luego al siguiente, huyendo de las llamas que se corrían ya aventadas por un viento

sutil del norte que había empezado a soplar, pero cuando llegaron al último, observaron que la manzana de casuchas moría allí y que debían saltar a la calle desde una altura de más de cuatro metros.

Pero el peligro aquel no era el más grande. Un alarido terrible acababa de herir sus oídos y al levantar la cabeza, observaron que toda la calle estaba atestada de chinos que vigilaban temiendo que pudiesen escapar.

—¡Estamos copados! —afirmó el profesor rabioso—. Como intentemos saltar, nos recibirán con sus magníficos cuchillos.

Regis, como un león enjaulado, recorría los tejadillos buscando una salida, pero aunque paseó todos los edificios que formaban la manzana, no veía la forma de librarse de aquel asedio implacable.

—Hay que hacer algo, Regis —advirtió Karus indeciso.

—Sí, hay que hacer algo, profesor, pero como no sea liarnos a tiros con esos sapos amarillos, no veo qué podemos intentar para salvarnos del antro en que estamos metidos.

Y loco de rabia disparó su revólver contra los grupos, sembrando la muerte pero sin conseguir alejarlos de allí.

Capítulo cuarto

BURLANDO EL TERRIBLE ASEDIO

Una gran desesperación se había apoderado del profesor y de su criado. Comprendían que la situación no podía ser más angustiosa y que se encontraban a merced de la legión amarilla que les cercaba, pues aunque lograsen abatir algunos a tiros, serían irremisiblemente cazados y destrozados por las feroces turbas.

Regis, lleno de rabia pateó el tejadillo, exclamando:

—¡Nos matarán, pero...!

No concluyó la frase; al recio patadón que había dado sobre el tejado, abrió un agujero en el que se le quedó el pie preso y el criado, con aquella intuición de ideas que solía poseer, exclamó gozoso:

—¡Oh!... ¡Creo que nos hemos salvado!

—¿Cómo? —preguntó Karus, creyendo que su fiel auxiliar se había vuelto loco.

—Vamos a agrandar el agujero y a filtrarnos por esta casucha. A lo mejor podemos salir confundidos con las turbas y dejarles con dos palmos de narices.

—No lo creo fácil —aseguró Karus—. Ya nos han visto y nos reconocerán por los vestidos.

—Pues no hay otra solución. Vamos a intentarlo.

Con los cuchillos abrieron rápidamente el boquete y se dejaron caer al interior de un tabuco desierto. Allí debía habitar algún chino ausente, pues descubrieron un jergón y algunos útiles pobres y desvencijados.

Sin hacer ruido abrieron una puerta que encontraron cerrada al fondo, saliendo a un estrecho pasillo, pero al enfrentarse con él, surgió a sus ojos la agitada silueta de un «coolie» que muy asustado, trataba de huir al darse cuenta de que el incendio hacía presa en la casucha.

Regis, de un zarpazo le aferró por el cuello y tumbándole luego de un puñetazo, gritó:

—¡Ven aquí, miserable puerco amarillo! Tú no nos delatarás antes de que intentemos largarnos de aquí.

Dejándole medio atontado del puñetazo, se dedicó a registrar la casa, descubriendo varios míseros vestidos y muy contento con el hallazgo, exclamó:

—Con esto nos salvaremos. Vamos a vestarnos estas ropas y nadie será capaz de reconocernos con ellas.

Rápidamente cambiaron sus vestiduras por las del «coolie» y encajándose en la cabeza los amplios sombreros de paja de arroz, se procuraron un disfraz bastante completo.

Sin deshacerse de los revólveres y los cuchillos descendieron al piso bajo y entreabriendo la puerta echaron un vistazo al exterior.

Fuera la turba bramaba moviéndose de un lado a otro como una inmensa marea. Les habían perdido de vista y rugían pidiendo registrar todas las casas para localizarles.

Regis, cerrando cuidadosamente, advirtió a Kauris:

—¡Cuidado! Se disponen a entrar en tromba. Péguese a la puerta y cuando entren nos unimos al grupo gritando más que ellos. Así, les despistaremos y cuando se nos presente la ocasión, nos largamos dejándoles burlados.

Se aplastaron tras de la puerta y momentos después ésta se abrió con estrépito irrumpiendo en la obscura estancia varias docenas de enfebrecidos «coolies».

—¡Mueran los perros extranjeros! —bramaban con ira.

—¡Mueran los «kaeidsus»! —gritó Regis mezclándose con el grupo, mientras el profesor le imitaba procurando no separarse de él para no extraviarse.

La marea ascendió al piso superior, rugiendo como una catarata, hasta que los primeros descubrieron en el suelo medio atontado al pobre «coolie» a quien Regis dejara fuera de combate con aquel soberbio puñetazo.

El chino, que se había recobrado un poco, empezó a gesticular y a lanzar gritos inarticulados, pretendiendo explicar lo que le había sucedido y cuando por fin consiguió hacerse entender, los chinos bramaron de indignación.

—¡Que se nos escapan!... ¡Aún no se nos escapan! ¡Hay que

buscarles!

Como locos salieron a la calle arrastrando al desgraciado «coolie» y el profesor y Regis, cuidando de que aquél no les viese y les denunciase, salieron con el grupo.

Un espectáculo fantástico se ofreció a sus ojos.

Toda una manzana de casuchas compuesta por lo menos de tres docenas ardía como un inmenso brasero. Chinas andrajosas gesticulaban y lloraban, lamentando el incendio de sus modestos hogares, pero la turba enfurecida, las apartaba a patadas y empujones penetrando en los edificios humeantes y saliendo de ellos desesperados, sin encontrar a los diablos extranjeros que tan en jaque les traían.

—¡Qué bandidos! —murmuró el profesor—. Por lograr un objeto son capaces de quemar Pekín de punta a punta con todos sus inmensos palacios y sus riquezas dentro.

—No lo dude usted. Si escapamos de ésta creo que les habremos despistado para un rato y que podremos seguir tranquilamente nuestra ruta.

—No estoy muy convencido de ello, pero lo intentaremos.

Empujados por la turba, sin poder desprenderse de ella, recorrieron el perímetro del incendio hasta que por fin, abriéndose paso por la fuerza, pudieron ir colocándose a la zaga de la turba buscando la ocasión de poder huir.

—Cuando alcancemos aquella esquina —insinuó el profesor— procuraremos deslizarnos por el callejón que la que la forma alejándonos sin ser descubiertos.

Lentamente retrocedieron atravesando los últimos grupos que afluían para engrosar la vociferante legión, pero cuando estaban a punto de salirse de la vorágine y ganar la callejuela, un «coolie» se lanzó sobre Regis y señalándole con la mano, chilló:

—¡Éste es el maldito que me dio el puñetazo y me robó mi ropa! ¡Esos vestidos que llevan son míos!

Regis palideció al verse descubierto por una terrible casualidad y alargando el puño, lo disparó sobre el rostro del denunciador, para mandarle como un maniquí sobre los que le seguían.

Luego, empuñando el revólver, gritó al profesor:

—¡Huya, procure ganar la orilla del río y yo iré a reunirme con usted... si puedo!

—¡No! —gritó el profesor disparando su revolver sobre un enfurecido grupo que trataba de apresarle—. Lo que sea de ti será de mi...

Regis no pudo insistir, tenía que hacer frente a una verdadera legión de demonios que le acosaban y no podía distraerse en discusiones.

Trató de ponerse ante el profesor para proteger su vida y aferrando al chino que tenía más cerca de él, le tomó por los pies y haciendo molinete formó un círculo en derredor, sirviéndose del chino a modo de maza.

La cabeza del desgraciado «coolie» en virtud de las enormes fuerzas de Regis, oficiaba como un martillo gigante y media docena de chinos cogidos en el torbellino, rodaron a larga distancia, como si acabase de abatirles un terrible tifón.

El círculo se ensanchó y los cuchillos empezaron a llover en torno al bravo Regis, pero éste, protegido por la cota de malla y en parte por el cuerpo del «coolie», salió indemne de aquel trágico ataque, retrocediendo paso a paso en busca de la pared que le protegiese por la espalda.

A su lado, el profesor mantuvo a raya a otro grupo disparando con saña su revólver, hasta que Regis al apoyarse sobre una puerta que cedió un poco al peso de su cuerpo, gritó en inglés para no ser entendido:

—¡Atención, profesor; colóquese a mi lado y entre por la puerta que tengo a mi espalda! Yo le seguiré y trataremos de cerrarla o duraremos menos que una galleta a la puerta de un colegio.

Karus, dándose cuenta de que por el momento no había otra posible salvación, se deslizó detrás de su criado, mientras éste realizaba un último esfuerzo para mantener a distancia a sus enemigos e introducirse por el vano de la providencial puerta.

Dejando escapar de las manos el destrozado cuerpo del «coolie», lo lanzó sobre los que tenía más próximos, al tiempo que de un salto ganaba la puerta, desapareciendo en el interior.

Inmediatamente empujaron la hoja con todas sus energías y el criado observó con regocijo que ésta poseía un cerrojo que se apresuró a correr.

Cuando los asaltantes quisieron reaccionar y penetrar tras ellos, ya el cerrojo impedía sus propósitos.

Regis, sudando como un condenado, se pasó la mano por la frente medio agotado y exclamó:

—¡De buena nos hemos librado! Cinco minutos más y nos convierten en un flan.

—Sí, pero ¿por cuánto tiempo hemos demorado servir de postre a esos salvajes?

—Procuraremos evitar que sea por mucho tiempo ¡Pronto!... Registremos a ver si encontramos alguna salida antes de que logren echar la puerta abajo.

A todo correr, se internaron por un largo pasillo que conducía a un sucio patinillo, oyendo a sus espaldas los alaridos de furor y los golpes contra la puerta.

El patio, medio cubierto por un entoldado de podridas maderas, mostraba una puerta al fondo, que Regis abatió con un hacha que acababa de encontrar en un rincón.

Saltando sobre cubas, cajones y latas viejas, salieron a una especie de corraliza a cuyo fondo, una burda punta construida con tablones mal unidos permitía ver el exterior.

Regis se asomó por las junturas y al descubrir ante él un descampado, descorrió la tranca que impedía la entrada y exclamó con voz emocionada:

—¡Pronto, profesor, creo que estamos salvados!

Corriendo como gamos abandonaron la corraliza saliendo a un espacio abierto. Frente a ellos se diseminaban algunas casuchas sin formar calle por lo esporádico de las construcciones y buscando el amparo de ellas, corrieron en dirección al Gran Canal.

Cuando habían puesto entre ellos la providencial casucha unos doscientos metros, llegó a sus oídos el lejano clamor de la legión amarilla, que después de haber forzado la puerta salían por el otro lado descubriendo su fuga.

Regis volvió la cabeza y al observar cómo la turba se les echaba encima, rugió:

—¡Oh!... Creo que si vivo mil años, voy a pasarlos soñando siempre con estos sapos amarillos pegados a mis talones. ¡Corra, profesor, o nos alcanzarán!

—No lo evitaremos, Regis. No sé dónde vamos a escondernos.

—Sígueme al Canal. Como sea nos tiraremos a él y nos dejaremos hundir en el fango antes de caer en manos de esos demonios de

color de limón podrido.

Esforzando su resistencia, alcanzaron la orilla del Gran Canal que se distinguía entre el efecto de la plateada luna que lo iluminaba fantásticamente.

Regis se asomó anhelante a uno de los malecones y sus ojos brillaron con ansia. Debajo de él, un pequeño junco aparecía someramente amarrado a una argolla y el barquero, medio soñoliento, hallábase junto al timón con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Regis hizo una seña a Karus para que le siguiese y de un salto felino cayó sobre el junco desde una altura de más de dos metros.

La frágil embarcación cabeceó peligrosamente al recibir el brusco empuje del peso del criado y el barquero, sorprendido, trató de incorporarse, pero Regis, lanzándose sobre él fieramente, le aferró con sus potentes manos y antes de que el chino tuviese tiempo de iniciar un movimiento defensivo, ya había saltado por la borda, yendo a caer en mitad de la corriente que lo arrastró.

Todo se desarrolló con tanta rapidez, que cuando Karus saltó al junco y quiso intervenir en ayuda de su criado, ya el barquero se debatía corriente abajo.

—¡Oh! Eres terrible tomando resoluciones, Regis —afirmó el profesor conmovido—. Sin ti, creo que hace tiempo que estaría reposando libre de preocupaciones.

—La vida es muy estimable para dejarla escapar, señor —replicó el criado—. Tengo el propósito de dar mucho que hacer a esas ratas con coleta y lo voy a conseguir.

Mientras hablaba había desatado la cuerda y el junco, libre de trabas, se deslizaba aceleradamente por el agua. El bravo criado dirigió la embarcación hacia el centro del río, y mirando ansiosamente a la orilla, comentó:

—No tendremos la dicha de haber escapado, porque nos han visto llegar hasta aquí, pero confío en poder huir con más rapidez de la que ellos puedan perseguirnos.

La temida persecución se hizo esperar poco. Desde el junco observaron como una legión de demonios gesticulaba ocupando los malecones, amenazándoles con el puño en tanto gritaban como cornejas.

—¡Buen viaje, ratas sarnosas! —gruñó Regis—. Si tenéis coraje

para perseguirnos se os recibirá de modo caliente.

Que tenían coraje para hacerlo, no tardaron en demostrarlo. Corriente arriba encontraron varias embarcaciones atracadas que tomaron por asalto, lanzándolas al centro del Canal para bogar en pos del junco.

—Ha empezado la segunda parte del drama, profesor —afirmó Regís más alegre y humorista—. Confiemos en nuestra buena estrella para seguir burlando a esos lagartos descoloridos y sin sangre en las venas.

En efecto, pronto empezaron a observar un gran movimiento en el Canal. Embarcaciones de diversos tipos se separaban de las orillas para lanzarse corriente abajo a la captura de aquel maldito junco que se escapaba con su codiciada presa.

—Bueno —comento muy alegre Regís— parece que se disponen a librar un combate naval con la escuadra de Barbarroja; lo menos ha botado cuarenta acorazados contra nuestra pobre chalupa.

—Nos darán alcance, Regís. Observo que algunas de esas embarcaciones son bastante veloces.

—Yo también lo veo a pesar de que esto no está muy claro, pero no podemos hacer otra cosa que dejarnos llevar de la marea y aprovechar el aire que recoge esta estúpida vela. Cuide del timón para que no nos arrimemos a la orilla y esperemos a que se presente la ocasión de burlarles.

—¿Tienes algún otro plan diabólico de los mil que se te ocurren por minuto? —preguntó el profesor, confiando en el ingenio de su fiel criado.

—Realmente no sé si tengo alguno. Barajo muchos, pero todos han de supeditarse a las circunstancias. Lo principal es que no nos alcancen antes.

El junco, bastante veloz, se deslizaba a favor de la corriente con ligereza, pero algunas de las embarcaciones destacadas en pos de ellos, parecían ganar terreno. Una sobre todo, con varias velas hinchadas por la brisa, avanzaba más audazmente y Regís la contemplaba con marcado recelo.

—Ese maldito junco nos va a estropear todo. Si pudiera detenerle...

Se tumbó sobre la popa y con el revólver en la mano quedó contemplando la embarcación.

Tras, un gran rato de mortal angustia, vibró una detonación y un chinazo feo y enorme que se erguía junto a la proa abrió los brazos y se desplomó como una sombra, estando a punto de hacer zozobrar el junco.

Sus compañeros corrieron a él y la embarcación, desatendida durante un momento, se balanceó hacia la orilla empujada por un remolino, estando a punto de chocar.

Cuando lograron enderezar el rumbo, habían perdido bastantes metros de distancia.

—Algo es algo —murmuró Regis—, aunque no creo que esto sirva de mucho.

Poco a poco, habían conseguido distanciarse de sus perseguidores en las sombras de la noche y Regis observaba este suceso con infinita alegría.

Tendiendo la mirada hacia la orilla derecha, señaló unas ruinas que se destacaban en la difusa claridad lunar y preguntó:

—¿Qué ruinas son aquéllas?

—Las del templo de Khan-hi. Sí pudiéramos alcanzarlas ése es el primer punto de nuestra aventura.

—Pues vamos a intentarlo al tiempo que burlamos a estas ratas ictéricas. ¿Tiene usted miedo a darse un baño?

—Ninguno, si es preciso.

—Pues oiga mi plan. Se va a deslizar usted en el agua nadando por debajo de ella, hasta alcanzar la orilla. Aquí no hay malecones y es fácil traspasar la distancia en poco tiempo escondiéndose entre las moreras. Luego le seguiré y le buscaré.

—Pero ¿cómo vas a poder abandonar el junco?

—Tengo una idea, no se preocupe. Tírese al agua antes de que ganen terreno y le descubran y sobre todo, nade lo más que pueda entre dos aguas.

Karus no se hizo repetir la orden y deslizándose silenciosamente del junco, se sumergió como si se le hubiesen tragado las negras aguas del río.

Cuando le vio desaparecer Regis se dirigió timón, lo ató para que no se desviase variando el rumbo, que debía continuar recto, y poniendo en práctica el mismo plan que el profesor, se dejó hundir en el agua.

El barco, abandonado pero con una ruta firme, se deslizó por la

corriente sin desviarse del centro, y Regis, hombre de excepcionales pulmones, aguantó una inmersión de más de minuto y medio nadando con desesperación.

Por un momento, medio asfixiado, sacó la cabeza para tomar aire y fue un milagro que no le descubrieran. Un junco bajaba veloz a menos de tres metros, pero debido a la obscuridad no pudieron divisarle.

Volvió a sumergirse y de otro impulso llegó hasta la orilla, deslizándose entre un grupo de moreras donde quedó agazapado.

Desde su escondite observó como infinidad de embarcaciones bajaban por el Canal, atestadas de chinos vocingleros y tuvo que reprimirse mucho para no buscar el revólver e intentar disparar sobre ellos.

Hubiese sido inútil. A causa de la humedad, el arma no hubiese funcionado, pero Regis no pensó en este detalle al sentir la tentación.

Una sonrisa diáfana iluminó su semblante cuando pensó en qué diría el profesor si supiera lo que lo que le había pasado por la mente. ¡Con que ceño más fruncido lo miraría!

Cuando la masa de barcos desapareció, abandonó su escondite y dirigiéndose orilla arriba, se dedicó a buscar al profesor, el cual, con el corazón lleno de angustia, se preguntaba si el plan de su fiel criado habría obtenido el éxito salvador que tanto anhelaban.

Capítulo quinto

HACIA LA BOCA DEL LOBO

Tomando toda clase de precauciones, Regis se deslizó por las moreras que cubrían la orilla buscando al profesor. No estaba muy seguro de verse libre de la persecución de tan pegajosos enemigos y tenía que cuidar no ser descubierto cuando el éxito había coronado su plan.

El criado imitaba muy bien el canto del cuco, cosa que no ignoraba Karus y para llamar la atención de éste, avanzó imitando al citado pájaro.

Tuvo que recorrer un buen trecho antes de obtener contestación a la llamada, pero por fin, observó una sombra que se erguía entre unas ramas de laurel y escuchó la conmovida voz de Karus, que decía:

—¡Oh, Regis, eres algo ideal!... Sin tu ingenio y decisión, no sé cómo habría acabado esto.

—Posiblemente durmiendo debajo de una mata de estos laureles tan olorosos o en el fondo del río, pero de momento no vamos a darles ese gusto. En cambio, hay muchos que ya no podrán buscarnos más en esta endemoniada tierra.

El profesor, que ardía en deseos de abandonar aquel sitio tan peligroso, preguntó:

—¿Cuál es tu plan ahora?

Regis no contestó; se estaba atracando de moras pues sentía un hambre mareadora.

Por fin, con la boca llena del jugoso fruto, replicó:

—¿No le interesa llegar a las ruinas de ese templo? Pues nunca mejor que ahora. Es de noche, no habrá nadie podremos explorarlo a nuestro gusto.

—Creo que tienes razón. La hora es ideal para una visita, pero me temo que esos diablos descubran el truco no tardando mucho y

se dediquen a verificar un ojeo por todo este sector.

—De todas formas, no hay opción —advirtió con lógica Regis—. Sólo en esa parte habrá posibilidad de escondernos y no debemos dudarlo más por si vuelven.

El profesor convencido por las razones de su criado, se encogió de hombros decidido a correr la aventura.

La noche clara y lunar bocetaba con fuerza el paisaje. Lejos, a cosa de milla y media, se erguía sobre una depresión del terreno lo que quedaba en pie del famoso templo mal tratado por la acción del tiempo y rodeado de una espesa capa de maleza.

Rápidamente, para no descubrirse a la luz de la luna, atravesaron el llano avanzando hasta bordear la depresión que conducía a las ruinas y Regis, que siempre temía verse víctima de una sorpresa, advirtió a Karus antes de decidirse a subir por la estrecha senda:

—Creo que debemos explorar un poco estos alrededores antes de entrar, pueden tener espías por todos los sitios y no me agradaría caer en una nueva emboscada tendida por un solípedo de estos después de haber burlado a tantos.

E internándose por la espesa hiedra que cubría los terrones de tierra que bordeaban la loma, avanzó con cautela seguido por el profesor.

Súbitamente se detuvo con el oído aguzado. Había captado el rumor de unos pasos que se acercaban e indicando a su señor que se ocultara en la maleza, esperó con el corazón oprimido por la angustia.

Con los ojos muy abiertos, pudo descubrir una sombra que se acercaba cachazudamente.

La sombra avanzaba cautelosamente, hacia la senda y ascendió por ella decididamente. Parecía segura del camino, cosa que extrañó a Regis, pues suponía el templo completamente abandonado y desierto.

Asomando la cabeza todo lo que prudentemente pudo, tratando de abarcar mejor la senda, siguió con la vista al intruso, hasta descubrirle junto a un gran peñasco que sobresalía del borde del sendero. De ésta, como por arte de magia, surgió una figura que detuvo al visitante con la reluciente hoja de un imponente y curvo puñal.

El recién llegado se detuvo y pronunció algunas palabras que sirvieron para que el vigilante le dejase continuar.

Regis, asombrado, se ocultó de nuevo, murmurando al oído del profesor:

—Dentro del templo debe haber alguien. Han colocado a un espía que detiene al que llega y por lo que sospecho, le exigen una contraseña para entrar. Esto es un contratiempo porque sin esa contraseña no podremos pasar.

—Pero, aunque la poseyéramos —advirtió el profesor—. ¿Qué haríamos ahí dentro si no podemos registrar el templo?

—Nos enteraríamos de lo que sucede, que puede ser muy interesante. He oído decir que las sectas se reúnen en lugares misteriosos y más misteriosos que éste...

—Eso es cierto... Quizá el templo sea punto de reunión de alguna terrible asociación de éstas.

—Mejor para entrar. ¿Y si fuese la guarida de «El Dragón de fuego»?

—¡No me lo digas!... —exclamó asustado el profesor—. Esto sería tanto como meternos en la boca del lobo.

—Sí, pero cuanto más cerca estemos de ella, menos nos buscarán por los alrededores.

Como algo tenían que decidir. Regis propuso:

—Quédese aquí escondido, que voy a ver si puedo acercarme y captar la contraseña. Si así fuera, podríamos penetrar impunemente.

El profesor quiso negarse, pero Regis, sin hacerle caso, se deslizó cautamente por entre la hiedra procurando producir menos ruido que un lagarto, pues sabía que los chinos tienen el sentido del oído muy agudizado y precisaba evitar cualquier sospecha para que su plan tuviese éxito.

Lentamente fue ganando terreno, hasta colocarse a menos de diez metros de la peña. No quiso avanzar más por temor a descubrirse al menor descuido.

Conteniendo la respiración esperó. Tenía la seguridad de que aquel visitante no sería el único que acudiese aquella noche a las ruinas y anhelaba que llegase otro para ver si descubría la extraña contraseña.

Por fin, nuevos pasos se dejaron oír levemente por la senda y otra vez surgió la silueta maciza y poderosa del vigilante cortando

el paso al que llegaba.

Éste se detuvo al ver brillar ante su pecho el peligroso puñal y exclamó con voz bastante perceptible para Regis:

—«La caricia del dragón es mortal».

—«¿De qué está compuesto el veneno?» —preguntó el vigilante.

—«De fuego» —fue la contestación.

El espía bajó el puñal y el recién llegado continuó ascendiendo, para perderse en las ruinas del templo.

Para estar seguro de que no había oído mal, estuvo largo rato agazapado esperando que llegara algún nuevo personaje. Su espera no fue larga, pues al cabo hizo su aparición un chinazo enorme y al fiel criado le fue dable aseverarse de lo que oyera anteriormente, repitiéndose, como es de suponer, la consabida escena del puñal, a la vez que la contraseña fue repetida como las anteriores.

Regis, con los ojos brillantes de alegría, se retiró tan silenciosamente como se había acercado y cuando se reunió de nuevo con el profesor, susurró a su oído:

—He adivinado, señor. Ésta es la guarida de «el Dragón de fuego».

—¿Por qué lo afirmas?

Regis le contó lo que había oído y Karus hubo de rendirse a la evidencia.

—¿Qué opinas que debemos hacer?

—Entrar —aseguró con resolución.

—Es muy expuesto.

—No lo creo yo así, nos vamos a escurrir de aquí y salir al descampado. Luego, para no inspirar sospechas, usted pasará primero dando las contraseñas. Yo le seguiré poco después y nos reuniremos en las ruinas para asistir juntos a esa misteriosa asamblea de sapos amarillos. Tengo la sospecha de que se van a tratar cosas que nos interesan mucho y es conveniente enterarnos de sus asquerosos planes.

—¿Has meditado bien lo que propones? Si nos descubren en este antro, nuestra muerte es segura.

—Y si permanecemos aquí, también. A estas horas, han debido descubrir el engaño y estarán como lobos buscándonos por toda la ribera del Gran Canal. En todas partes nos buscarán menos aquí dentro.

El profesor, convencido por las razones aducidas, aceptó.

—Bien, intentaremos la prueba. Dicen que a veces, las mayores y más descabellarlas audacias son las de más éxito.

Pero, súbitamente se detuvo al mirarse la ropa.

—¡Oh, no puede ser! —afirmó—. ¿Cómo quieres que me presente con esta ropa tan humilde y tan destrozada?

Regis hizo un gesto de contrariedad y se quedó meditando. No se había dado cuenta del detalle y comprendía que resultaría muy peligroso pretender pasar por un escogido de la secta con aquel atuendo.

Pero como era fértil en ideas, no tardó mucho en encontrar una nueva solución.

—Bien —dijo—. Entonces espere un momento. Voy a arreglar ese asunto. Escóndase y cuando me oiga imitar el cuco, acuda.

—¿Qué nueva locura vas a intentar? —preguntó Karus intranquilo ante la decisión de su criado.

—No tengo tiempo de explicárselo. Déjeme hacer.

Y resuelto, abandonó su escondite para deslizarse por entre la hiedra y alcanzar la senda que conducía al templo. Procurando resguardarse de la cruda luz de la luna, buscando la sombra que proyectaban moreras y laureles, avanzó hacia el guardián. Confiaba en la sorpresa para llevar adelante su plan.

Cuando llegó junto a la roca, la sombra del vigía se irguió mostrando la amenazadora hoja del puñal.

—«La caricia del dragón es mortal» —aseguró Regis con firme acento.

—¿De qué está compuesto su veneno? —preguntó el cancerbero sin al parecer mostrar recelo.

—«De fuego».

Regis iba a avanzar cuando el espía, clavando en él sus ojos fríos y repelentes retrocedió y levantando la mano en actitud amenazadora, gruñó:

—¡Oh!... ¡El demonio extranjero!

Regis, dándose cuenta de que había sido descubierto, dio un salto formidable y dejando caer la culata del revólver sobre la cabeza de su enemigo, la abatió antes de darle tiempo a lanzar un solo grito.

Luego, se inclinó sobre él y a costa de un gran esfuerzo de

memoria, creyó reconocerle. Era el ya olvidado

Wu-Chen

con quien disputara la mañana del hallazgo del manuscrito. Rápidamente le arrastró de allí y escondiéndole entre la hiedra, le despojó de sus vestiduras cambiándolas por las suyas, Luego, y con gran perfección, imitó el canto del cuco.

El profesor acudió a la llamada y su asombro no tuvo límites al descubrir a Regís luciendo una vistosa y amplia casaca, unos pantalones amarillos, un gorro negro muy ceñido al casco y unas gafas de concha que variaban completamente su fisonomía.

—¿Qué ha sucedido aquí, Regís? —preguntó alarmado.

—Algo, que si no soy yo quien tiene la inspiración de venir primero, puede que hubiese estropeado todo. Asómese y vea quien tengo aquí.

El profesor echó un vistazo detrás de la peña y al descubrir la faz lívida del caído, murmuró:

—¡El chino que me quiso arrebatar el manuscrito!

—El mismo. Pero ya no nos molestará más. A estas horas, debe andar su amarillo espíritu vagando por las regiones de Buda en busca de manuscritos y tesoros escondidos.

El profesor, ponderando la situación, dijo:

—Bien, pero ahora echarán de menos al vigilante.

—No, porque he decidido substituirle. Así, desde este puesto podré averiguar muchas cosas y, sobre todo, saber quién entra y quién sale.

—No está mal pensado, pero me sabe mal entrar ahí dentro sin saber lo que puede ocurrirte.

—Ni yo lo que pueda suceder a usted, pero no hay otra solución, al menos por el momento. Quizá más tarde me decida a abandonar esto y a entrar en la guarida de las fieras.

—Bien, pero seguimos sin resolver el vestuario. Esas ropas que has encontrado me vendrán demasiado holgadas...

—Ya lo sé, pero confío en que llegue otro de menos estatura y cuando llegue...

—¿Qué harás?

—Le enviaré con su señor Confucio y le despojaré de sus vestiduras para que se las ponga usted. Esto marcha bastante aceptable y hay que aprovechar la buena racha.

Regis hizo pasar al profesor detrás de la peña y oculto por ella vigiló impaciente la llanura. Los congregados tardaban mucho en llegar y el fiel criado se hallaba nervioso, deseando ver al profesor a salvo de algún registro por aquellos lugares.

Por fin, una sombra se dibujó camino de la senda. Regis le vio avanzar escondiéndose para no ser observado y comprendió que la reunión era clandestina y que todos mostraban interés en que no se descubriese que el templo era una de sus guaridas.

Cuando el visitante se acercó a la roca, Regis asomó medio cuerpo con el agudo puñal extendido cerrando el paso al sectario. Éste se detuvo, diciendo con voz gutural:

—«La caricia del dragón es mortal».

Regis alargó la mano derecha en la que escondía el revólver y dejándola caer brutalmente sobre la cabeza del chino, replicó con la ironía que en él era característica:

—¡Y tu maldita cabeza de rana ictérica suena a hueco!

El chino, como abatido por una mula, cayó en tierra sin lanzar un quejido y Regis se apresuró a arrastrarle tras la peña para despojarle de sus vestiduras.

Mientras lo hacía observó que iba vestido elegantemente. Debía ser un mandarín de algún distrito de China, pues el bonete cónico con el remate de coral le denunciaba como individuo de alta graduación.

El profesor, que también se dio cuenta de ello, murmuró al oído de su fiel Regis:

—Me parece que has abatido a un personaje demasiado encumbrado para mí. Puedo ser conocido y si me des cubren por sus ropas...

—En China hay miles de mandarines. Estos cargos ya sabe usted que reparten como prospectos en Europa —aseguró Regis.

Cuando procedió a registrar las ropas, encontró en ellas una cartera con papeles que entregó al profesor diciendo:

—Tome, ésta debe ser la documentación de este sapo. Guárdesela por si le es precisa para justificar su personalidad.

El profesor, tras echar un vistazo, aseguró:

—No cabe duda de que se trata de un gran personaje. Aquí hay una placa de coral con un número tres y el nombre de la ciudad de Cantón.

—Será el delegado de allí. Tome esto también.

De uno de los dedos del muerto extrajo una sortija de plata tallada en forma de dragón.

—El distintivo de la secta —afirmó—. Creo que no se quejará usted de lo bien documentado que va.

El profesor se embutió en las ricas ropas del caído y comprobó que le sentaban a la medida.

—Bien —advirtió Regis impaciente—. No pierda el tiempo y penetre en el templo. A lo mejor se está usted perdiendo cosas muy interesantes para el futuro.

Karus nada dijo. La emoción le embargaba y no podía hablar, pero no quiso demostrarlo para que Regis no interpretase aquello como indicio de miedo.

Cuando avanzaban hacia las ruinas, el profesor metió la mano en el amplio bolsillo de la túnica y tropezó con un objeto que extrajo. Se trataba de un lindo pito de plata labrado también en forma de dragón.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Debe ser para dar señales de alarma o pedir auxilio. Guárdelo y si se ve en peligro, hágalo vibrar y me tendrá a su lado inmediatamente.



—¡Prohibido el paso, perro sarnoso!

Karus siguió andando hasta alcanzar la escalinata toda derruida que daba acceso a una pequeña glorieta, a cuyo fondo, la mole colosal y corroída del templo se alzaba en la noche como un gigante medio abatido pero no muerto. Regis fijó su vista en él y quedó asombrado. El templo, todo de mármol en su frontispicio, poseía un bello color azul celeste, que le prestaba más armonía y empaque. Ya dispuesto para la marcha, Karus no pudo amagar una sonrisa de satisfacción a Regis.

Luego, el profesor estrechó la mano de su criado, diciendo:

—¡Que Dios nos proteja, Regis!

—Lo hará. Creo que entre estos sapos y nosotros no habrá duda para la protección.

Y abandonando a su señor, regresó nuevo a la peña para ocupar el puesto del vigilante muerto.

Ya allí, mostró gran preocupación por los dos cuerpos que tenía

escondidos. Si por cualquier circunstancia verificaban un registro y los descubrían, podía considerarse perdido y tenía necesidad de deshacerse de ellos rápidamente.

Buscó otro escondrijo y descubriendo un profundo hoyo muy similar a un pozo sin brocal, los arrojó por él, diciendo:

—¡Andar, sapos con coleta! ¡A ver si ahí croáis como las ranas!

Y satisfecho de haberse librado de tan molestos compañeros, regresó a su puesto.

Pero al tender la vista por la llanura y clavar la vista en el Gran Canal, sintió un estremecimiento de angustia.

Una legión enfurecida de aquellos demonios amarillos se diseminaba por el descampado registrando los matorrales y Regis se dijo que llegado la hora de enfrentarse con aquella horda poseída del más loco furor.

Poco a poco, fueron rodeando los alrededores del templo hasta que uno que parecía ser el jefe, tomó decidido la senda que conducía al interior de las ruinas.

Regis, armándose de valor le cortó el paso mostrándole su agudo puñal.

—¡Atrás! —gruñó—. ¡Prohibido el paso, perro sarnoso!

—Necesito ver al Gran Jefe —suplicó el chino angustiado—. Tengo algo muy grave que comunicarle.

—¿No sabes que eso es imposible? —rugió Regis—. El Gran Jefe no puede ser interrumpido ahora. Sólo los privilegiados tienen derecho a penetrar en la cámara secreta.

—¡Es asunto gravísimo! —gimió el chino—. ¡Nos va en ello a todos la vida y algo más!

—Pues bien, dime lo que es y yo haré porque llegue a sus oídos si se digna oírme.

—Hay que advertirle que los diablos extranjeros se han escapado de nuevo. Quizá se hayan ahogado en el fondo del Canal, pero no se encuentra rastro alguno de ellos.

—¿Qué dices, miserable gusano? —amenazó Regis—. ¿Acaso no habéis servido para darles caza?

—¡Perdón!... Se escaparon de las manos de todos. ¡Yo solo no intervine!

Regis, tomando una determinación para engañarle, dijo:

—Bien. Voy a dar cuenta, de vuestro fracaso. Quédate aquí y

sólo dejarás pasar a los que te den esta contraseña.

Y dejándole en su puesto, después de suministrarle las palabras misteriosas se encaminó al templo para reunirse con su jefe, pues algo le decía al corazón que no debía dejarle solo en tan críticos momentos...

